



AQUELLA CLASE DE EDUARDO VALDIVIA (1964)

Por Luis Gómez Domingo

He recorrido estos días los mismos pasillos por los que transité hace más de cincuenta años, a lo largo del curso 1963-64. Antes de eso vine al Ibáñez Martín para el examen de ingreso, y para las pruebas de primero y segundo de Enseñanza Media, pues yo era entonces alumno de la Salle. Finalmente, me matriculé como alumno oficial en el instituto para el cuarto curso.

El profesor de Lengua y literatura de mi grupo era don Eduardo Valdivia, que ejercería como director posteriormente. De él guardo un grato recuerdo como profesor, por sus indudables conocimientos, pero sobre todo por su humanidad y su cercanía al alumnado. Cuando años después supe que Valdivia era un reconocido escritor no me sorprendió.

De los muchos episodios que me dejaron huella durante aquel curso hay que destacar uno que impactó singularmente, una enseñanza que me ha acompañado a lo largo de toda mi vida y sigue presente.



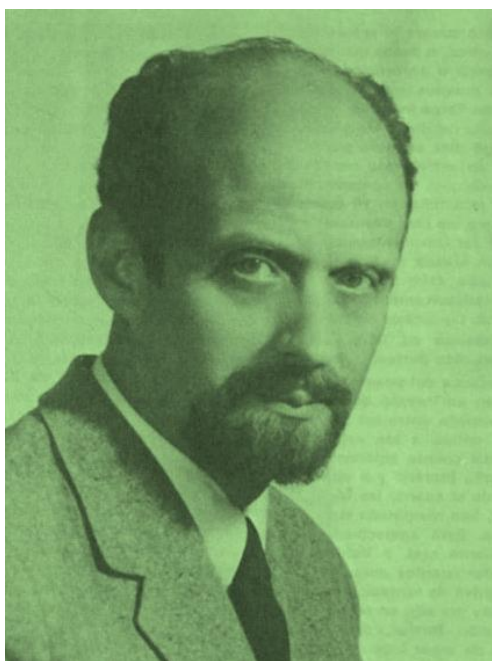
El pintor turolense Luis Gómez Domingo (1946), catedrático de Dibujo durante muchos años –en Canarias y el Bierzo, donde se jubiló y reside en la actualidad–, pasó en los sesenta por estas aulas. «No era un buen estudiante», confiesa durante su visita, pero como cuenta en este testimonio, el aprendizaje va más allá de lo académico. Posa para la cámara en el acceso al patio, uno de los rincones que menos ha cambiado en sesenta años.

Estábamos a finales de enero, próximo a celebrarse el día del patrón de enseñanza media, Santo Tomás de Aquino. Los alumnos de cuarto curso, el último del ciclo elemental, solíamos poner mucho interés en esta fecha, ya que después de la acostumbrada festividad académica –llena de actos culturales a lo largo de la mañana– nos reuníamos en la ribera del río o en las viñas para continuar la fiesta con otros objetivos, entre los que nunca faltaban el tabaco y el vino. Ya os podéis imaginar cómo terminaban estas reuniones.

En vísperas de la festividad, Eduardo Valdivia dedicó la clase a una disertación, con la seriedad –pero también la sorna– que lo caracterizaba, sobre los efectos de esa afición nuestra al fumar y al beber. Recuerdo aquella clase como un episodio novelesco o cinematográfico, pero más que nada recuerdo cómo captó nuestro interés. Nos hizo ver que cuando nosotros nos creíamos muy hombres entre el humo y los vapores etílicos, la imagen que dábamos a los demás era en realidad ridícula, cuando no lamentable. Sonreíamos al escuchar sus palabras, pero creo que yo entendí hasta qué punto nuestra actitud era patética y nadie podía sentirse orgulloso de algo así, sino más bien avergonzado.

Ha pasado mucho tiempo y compruebo que he sido fiel a esa enseñanza, y he comprobado muchas veces que cuando te diviertes, si pasas cierto límite –y cada cual sabrá cuál es su límite–, son los demás los que se divierten a tu costa. ¿Propuso Valdivia una postura radical? En absoluto. Propuso una actitud responsable para que nunca dejáramos de ser dueños de nosotros mismos.

No podemos limitar la tarea de un enseñante –tarea que conozco bien después de tantos años como he dedicado a esta labor– a la transmisión de conocimientos académicos; también ayudamos a hacer frente a la vida, a veces más de lo que pensamos. Cuando de vez en cuando me encuentro antiguos alumnos, observo que casi siempre los recuerdos compartidos son más humanos que académicos. Después de aquel curso, a Eduardo Valdivia nunca volví a verlo, pero no lo he olvidado nunca.



Eduardo Valdivia (1929-1972) fue director del instituto mediados los años sesenta. Ocupa un lugar de honor en la literatura, por sus obras (*¡Arre, Moisés!* quedó finalista del premio Alfaguara en 1972, el año de su temprana muerte) y por la dirección de la mítica editorial Javalambre. Teruel está muy presente en los relatos de *Las cuatro estaciones* (1967) y *Cuentos de Navidad* (1968).